

tierra, en otro el P. Martín González, quien de vuelta hacia el Sur, enfermó peligrosamente en el camino y apenas llegado a Tubutama, entregó su alma a Dios en brazos del P. Kino. Dejemos estas empresas gloriosas de la cristiandad de Pimeria y volvamos ahora los ojos a la misión de California, que en medio de trabajos penosísimos llegó a establecer estos años el fervoroso P. Juan María Salvatierra.

6. Dábase entonces el nombre de California, no a la vasta región así llamada en nuestros días en el Occidente de los Estados Unidos, sino solamente al largo y estrecho jirón de tierra, que desgarrado del continente americano, corre por más de doscientas leguas paralelo a las provincias occidentales de Méjico. Desde los tiempos de Hernán Cortés, se habían hecho varias expediciones para reconocer y poblar este país, que se llamó isla de California, porque en más de siglo y medio no se reconoció su unión septentrional con el continente americano (1). Las perlas que se descubrieron en sus costas despertaban de tiempo en tiempo la codicia de los navegantes. En una de estas expediciones sabemos que desembarcaron en California dos religiosos de San Francisco, pero al poco tiempo hubieron de desamparar el país, como todos los otros navegantes que trataron de establecerse en aquella tierra poco hospitalaria.

El año 1683 se dispuso una expedición en que tomaron parte dos Padres de la Compañía. El almirante Isidro Atondo de Antillón preparó dos bajeles en el puerto de Chacala y con un centenar de soldados se preparaba para establecerse en California. Fueron designados para acompañarle el P. Kino, a quien se dió el título de Cosmógrafo real y el P. Tomás Goñi. Entre ellos iba también un religioso de San Juan de Dios llamado Fray José de Gujosa. Salió Atondo del puerto de Chacala el 17 de Enero de 1683, y por los malos vientos y borrascas anduvo vagando por los mares durante setenta y cuatro días (2). Por fin desembarcó en California en el seno llamado Nuestra Señora de la Paz el 1 de Abril. Eligió un sitio para fortificación y formó prestamente un baluar-

(1) Pueden verse en Venegas *Noticia de la California*, t. 1, desde la página 137 en adelante, las diversas excursiones que se hicieron a California antes del P. Salvatierra.

(2) El mismo Atondo es quien nos da estos pormenores de su llegada en carta que dirigió al Virrey el 25 de Setiembre de 1683. Arch. de Indias, 58-4-23.

te para defenderse contra los indios. Apenas pusieron los españoles pie en tierra, dejáronse ver como treinta y cinco indios con cierto orgullo y aspecto hostil, pero como observaran que los españoles echaban mano a las armas, se amansaron los salvajes y se acercaron con muestras de paz. Se les dió alguna cosa de comer y se fueron. Repitiéronse estas venidas de indios siempre con cara sospechosa, y entendiéndose con ellos como pudieron, averiguaron los españoles que tenían el nombre de Guaicuros.

Observando la esterilidad general de aquella tierra, uno de los principales cuidados del almirante fué buscar un aguaje, como entonces se decía, esto es, un sitio oportuno en que pudieran sembrar algo y recoger el sustento necesario a los colonos. Al mismo tiempo se despachó la nave capitana a la costa de Cinaloa, que distaba unas treinta o cuarenta leguas, con el encargo de traer copiosísimos bastimentos para las personas que quedaban en California. Entretanto nuestros dos Padres Kino y Goñi empezaron a entenderse como podían con los indios del país. Mostrábanles mucho cariño, y regalándoles algunas cosas de comer, fueron atrayendo a los menos ariscos y ganándose de algún modo el afecto de aquellos infelices. Supieron por ellos que a poca distancia al Sur existía otra tribu de indios llamados *Coras*. Los Padres fueron a reconocerla, y en efecto, hallaron que estos indios estaban dotados de un carácter mucho más blando y tratable y podían servir con el tiempo de buenos auxiliares para la misión. Mientras con mucho trabajo iban procurando los dos Padres atraerse a aquellos indígenas, empezaba ya el P. Kino a enseñar a los niños el *Bendito y alabado* y otras oracioncitas en nuestra lenguas, le industriaba en formar la señal de la cruz, y aunque con mucha lentitud, aquellas mentes incultas se abrían poquito a poco a la predicación evangélica (1).

Pronto se perturbó esta paz. Los Guaicuros se mostraban siempre hoscos y recelosos. Un día robaban un saquito de maíz, otro se llevaban algún apero, y a este talle causaban siempre daños pequeños, pero molestos, a los españoles. Cierta día des-

(1) Todos estos pormenores los tomamos de una extensa carta que dirigió el P. Kino al P. Bernardo Pardo, Provincial de Méjico. Habiendo empezado a escribirla el 16 de Julio de 1683, la terminó el 10 de Agosto. Por esta carta y la citada de Atondo conocemos los incidentes de los tres primeros meses de aquella expedición. Ambas cartas están en el Archivo de Indias, 58-4-23.



apareció un grumete, y el almirante entendió que le habían preso los indios. Al instante, y como en represalias, prendió él a un cacique y a otros que le seguían. Esto exasperó el ánimo de los salvajes, que empezaron a mostrarse ya más numerosos y con armas en las manos. El almirante dispuso que montaran un cañoncito o pedrero hacia el lado por donde solían descender los Guaicuros. El día 6 de Junio llegaron dos caciques acompañados de unos 150 hombres, con ánimo, según se supo después, de matar a todos los españoles. Cuando esto vió Atondo, mandó disparar contra aquel grupo el pedrero y varios arcabuces. Con estos tiros cayeron muertos diez u once indios, y todos los demás se dispersaron despavoridos.

Este golpe, que algunos creían necesario, juzgó el P. Kino que había sido un desacierto, pues sin vencer la resistencia del enemigo ni abatir su ánimo, logró solamente que desde entonces no se acercaran ya más los indios y sólo viniera tal cual pobre niño a oír a los Padres. «Desde que se les mataron diez u once personas, dice el P. Kino, de los más principales, con un tiro de un pedrero, ya no nos venían a ver, ni tenemos esperanza de que en muchos meses habían de olvidarse del daño que de nuestras armas habían recibido» (1). Juntamente con esto empezó a preocupar a los españoles el ver que no asomaba por ningún lado la capitana que habían mandado a Cinaloa en busca de bastimentos y una balsa que también habían despachado en otra dirección con el mismo fin. Hicieron algunas breves excursiones, sobre todo hacia el Sur de la bahía de la Paz, en que se habían establecido, y al cabo de tres meses se desalentaron tanto casi todos los soldados, que el almirante resolvió pasar con toda su gente a la costa de Cinaloa y buscar por sí mismo los víveres que necesitaba para su incipiente establecimiento.

«El 14 de Julio de 1683 nos embarcamos, dice el P. Kino, ochenta y cuatro personas y tiene determinado el Sr. Almirante que pasemos a Cinaloa por bastimentos.» Esto escribía el Padre desde el puerto de San Lucas, que era el puerto más meridional de la península, adonde por de pronto se dirigieron desde la Paz. De allí se encaminaron a Cinaloa, y en los meses de Agosto y Setiembre se buscó en aquel país lo que se necesitaba para sustentarse largo tiempo. Por su parte el P. Kino envió desde allí a

(1) *Ibid.*

Méjico un nuevo mapa de las costas que él había visitado de la California y un catálogo como de quinientas palabras de la lengua india, cuyo significado había podido determinar. Pretendía con esto animar el celo apostólico de otros Padres y convidarles a predicar el Evangelio en aquellas tierras desamparadas.

Provisto de lo necesario volvió Atondo con su gente a California y desembarcó el 6 de Octubre algo más al norte, en una pequeña bahía, que llamó de San Bruno, por ser la fiesta de este santo en ese día. Con los dos Padres de la Compañía se juntó en esta ocasión el P. Juan Bautista Copart, ya profeso, y que deseaba compartir los trabajos apostólicos de California. Esta vez no encontraron los Padres ni los españoles tanta dificultad en los indios del país. Continuaron incansables en estudiar la lengua de los indígenas y fueron poco a poco reuniendo los niños, a los cuales instruían en los rudimentos de la fe. Mientras se hallaban ocupados en esta tarea, llegó la noticia de que el P. General concedía la profesión solemne al P. Kino, y este fervoroso misionero la hizo efectivamente en manos del P. Copart el día 15 de Agosto de 1684.

Los tres misioneros acompañaron en varios viajes de exploración al almirante y a otros oficiales españoles, descubrieron por uno y otro lado diversas tierras, aunque ninguna les ofreció grande atractivo ni esperanza de producir mucho para el sustento de los colonos. El almirante había informado en todo aquel tiempo al Virrey de Méjico de lo que podía descubrir en tierra de California, y como observase el gran desaliento de la gente, reunió por fin consejo de Capitanes, preguntándoles lo que vendría hacer. La mayoría opinó que era imposible sostenerse en un país tan pobre, en medio de indios casi todos hostiles y hallándose desprovistos de los artículos más indispensables para la vida. Al cabo, pues, de dos años de pasar en California, determinó el almirante Atondo retirarse con toda su gente y volverse a Nueva España.

El P. Kino sintió bastante el haber de abandonar aquella cristiandad incipiente que ya tenía en torno suyo. Había bautizado a muchos niños y a varios enfermos que se hallaban en peligro de muerte; pero observando que se habían de ausentar, no juzgó prudente administrar el bautismo a los demás indios, pues se verían después enteramente desamparados y sin ningún medio para continuar en la vida cristiana.



El 7 de Mayo de 1685 se embarcaron todos (1). Los indios amistados con el P. Kino se acercaron a la costa y dieron sinceras muestras de dolor por su partida. El misionero tomó dos niños que le sirviesen de maestros en la lengua y los llevó consigo. Prometió a sus catecúmenos volver a verles tan pronto como pudiese, y con muestras de mutua estima se separaron unos de otros, y el día 8 de Mayo se hicieron a la vela para la tierra de los Yaquis. Desde allí se encaminó a Méjico para dar cuenta al Virrey y a la Audiencia de lo que podría hacerse en California, porque tenía muy fija la idea de que se había de establecer sólidamente una misión en aquel país. Redactó por orden del Virrey un proyecto de lo que convendría hacer para restablecer la misión (2).

Ante todo declaraba en este escrito nuestro ilustre misionero que la disposición de muchos indios es bastante buena para recibir la fe; indicaba después que deben llevarse por de pronto muchas provisiones de las tierras próximas de Sonora, Yaqui o Cinaloa. Debe darse un sobresueldo a los soldados que vayan a la jornada, de modo que cada uno cobre quinientos pesos. La misma cantidad se podría señalar para cada misionero en vez de los trescientos cincuenta que ahora se le dan. Convendría habilitar un par de fragatas que se dedicasen habitualmente al transporte de provisiones entre Cinaloa y California. Por último sería bueno designar cuatro Padres misioneros, dos para la nación de los Guimies que se habían descubierto al norte, y otros dos para la de los Edies, que vivían junto al puerto llamado de San Dionisio. Desde estos dos puntos podrán los Padres hacer excursiones apostólicas a otras naciones de indios, que están a corta distancia y se muestran bastante dispuestos a recibir el bautismo. No sabemos que impresión causó este proyecto del P. Kino, y sólo nos consta la triste estadística que luego se formó en Méjico de los gastos de aquella expedición. Se habían expendido en ella doscientos veinticinco mil pesos sin reportar ningún beneficio al Estado (3). Sintióse, pues, en los hombres públicos cierto general desaliento, y durante unos diez años ninguno de ellos quería oír hablar de California.

(1) Carta del P. Kino al Obispo de Guadalajara. Torin, 30 Mayo 1685. Arch. de Indias, 67-3-28.

(2) Véase este proyecto en el Archivo de Indias, 58-4-23.

(3) Véase la carta del Virrey José Sarmiento al Rey. Méjico, 5 Mayo 1698. Archivo de Indias, 67-3-28.

7. Entretanto, allá en el norte de Nueva España se habían visto el P. Salvatierra y el P. Kino, mientras el primero visitaba nuestras misiones. Hablando muchas veces sobre la expedición frustrada de California, el P. Kino expuso a su compañero la posibilidad de predicar el Evangelio en aquel país, y manifestó que sus habitantes no parecían tan rebeldes a nuestra santa fe, ni tan ingratos como algunos se los imaginaban. Oyendo estas explicaciones entró el P. Salvatierra en fervorosos deseos de establecer aquella misión, y por de pronto propuso a su compañero la construcción de aquel barco, de que hablamos más arriba, para el transporte de las provisiones. Pasáronse como cinco años sin adelantar en este proyecto, y entretanto el P. Salvatierra ejerció el oficio de Rector en nuestro colegio de Guadalajara. A principios de 1696 fué trasladado al noviciado de Tepozotlán, y entonces encontrándose otra vez en Méjico con el P. Kino, volvieron a su antigua plática de renovar la misión de California. En esta coyuntura se juntó con ellos otro hombre importante que había de ser durante largos años el principal de aquella difícil empresa. Era el P. Juan Ugarte español, nacido en Guatemala el año 1662, y que terminados sus estudios empezaba entonces a trabajar en la viña del Señor con el celo de un perfecto religioso y con el vigor que le daba una salud robusta y unas fuerzas corporales extraordinarias.

Discurriendo los tres sobre la futura expedición, advirtieron desde luego, que la principal dificultad consistiría en obtener del Estado la subvención necesaria para mantenerse en aquel remoto país. Hasta entonces estaban acostumbrados, los misioneros españoles, jesuitas y no jesuitas, a vivir en sus misiones de la limosna, o como se decía del *situado* que les pasaba Su Majestad Católica. Ahora bien, a fines del siglo xvii las cajas reales de Méjico y de todo el mundo se hallaban exhaustas, por aquella decadencia lastimosa a que había venido la hacienda pública española, como todos los otros ramos de la pública administración. Discurriendo sobre el modo de resolver la dificultad, concibieron el proyecto de reunir mediante limosnas piadosas un modesto capitalito, cuya renta pudiera bastar para sostener cuatro o cinco misioneros en las tierras de California. Elaborado este plan, partió para el Norte el P. Kino en 1696, y quedáronse en Méjico Salvatierra y Ugarte para dar principio a la obra. Visitaron, pues, a personas amigas de la Compañía y bienhechores piadosos, y a



todos aquellos sujetos de cuya cristiandad y riqueza se pudiera esperar algún socorro. Hubieron de sufrir ciertos sonrojos y tolerar duras negativas de quien menos lo esperaban, pero al fin la divina providencia no les desamparó. Lograron efectivamente reunir la suma que deseaban.

Bueno será consignar los nombres de algunos bienhechores insignes, cuya liberalidad dió principio a esta trabajosa misión. D. Alfonso Dávalos, Conde de Miravalles y D. Mateo Fernández de la Cruz, Marqués de Buenavista, concedieron al instante cada uno mil pesos efectivos. Reuniéronse otras sumas prometidas por varias personas, y de este modo se llegó a poseer una cantidad de catorce mil pesos. Fuera de Méjico D. Pedro Gil de la Sierpe, tesorero de Acapulco, prometió una galeota para el transporte de las vituallas y dió desde luego una lancha grande. La Congregación de los Dolores, fundada en el colegio de Méjico, ofreció diez mil pesos para sustentar con sus réditos un misionero, y prometió otros veinte mil para el sustento de otros dos. D. Juan Caballero de Osma, presbítero de Querétaro, ofreció al P. Salvatierra pagar cuantas libranzas viniesen de California firmada de su mano. Asegurado con estas promesas nuestro misionero, a principios de 1697, dirigió una súplica al Virrey de Méjico D. José Sarmiento y Valdés, Conde de Motezuma, rogando se le permitiese a él y al P. Kino pasar a las tierras de California, para predicar el Evangelio y establecer allí el dominio de España. No pedían ni un céntimo al real erario. El y los otros misioneros se mantendrían a su costa, y sólo pedían una pequeña escolta de soldados, los cuales como habían de servir en otros presidios, sirviesen en aquel país a la causa de la religión y de España.

Alguna dificultad opuso el fiscal a este proyecto, pero en fin, observando que no se había de sacar ni un maravedí de las cajas reales, el Virrey extendió la licencia el día 5 de Febrero de 1697, encargando a los Padres Salvatierra y Kino, que tomasen posesión de la tierra en nombre de Su Majestad Católica. Se les concedía nombrar justicias, aun entre los mismos naturales, para el gobierno político de los indios y llevar consigo algunos soldados de escolta, cuyos capitanes pudieran ellos nombrar o remover, dando cuenta a Su Excelencia de lo que hiciesen en este punto. A estos cabos y soldados se les concedía el gozar del sueldo que se pagaba a las tropas en tiempo de guerra viva. Obtenido este favor, apresuróse el P. Salvatierra a disponer su jornada. Quedó

en Méjico el P. Ugarte, como procurador de la futura misión. De la capital enderezó sus pasos Salvatierra al colegio de Guadalajara y a las primeras misiones de Cinaloa, reuniendo lo mejor que pudo todas las cosas que había de llevar en su expedición. Hubiera deseado juntarse cuanto antes con el P. Kino; pero no solamente nuestros superiores de las misiones, sino los mismos capitanes españoles de las regiones septentrionales observaron que no debía ausentarse de aquel país el hombre que principalmente soportaba el trabajo y dirigía la acción en aquellas cristiandades incipientes. Quedóse, pues, el P. Kino en su Pimeria, y fué designado en su lugar el fervoroso P. Francisco María Piccolo, italiano.

Sin esperar a que se le juntase su compañero, el P. Salvatierra se embarcó el 10 de Octubre de 1697 para la California. Llevaba consigo ocho personas, cinco españoles y tres indios. Con este ejército iba a conquistar para la Iglesia y para España la península de California. Desembarcó el día 19 de Octubre un poco más al norte de aquella bahía de San Bruno, en que se había apostado doce años antes el almirante Atondo. Parecióle sitio mejor otro situado un poco más arriba, al cual puso el nombre de San Dionisio. Saltando en tierra formaron brevemente una tosca empalizada, hicieron una ligera fortaleza, construyeron algunas cabañas o casas rudimentarias para vivir y una estrecha habitación donde el P. Salvatierra colocó lo mejor que pudo una imagen de Nuestra Señora de Loreto. El pueblo así formado recibió este mismo nombre de *Loreto*, que todavía se conserva.

Al poco tiempo empezaron a asomar indios por una y otra parte, y todos venían, como en otros tiempos, con aire receloso y con mirada un poco feroz. El P. Salvatierra empezó a darles algo de maíz cocido, y con esta golosina se suavizaron un poco los ánimos. Repasando luego los papeles que llevaba de los Padres Kino y Copart, dióse al estudio de la lengua de aquellos naturales, y con grandes esfuerzos empezó a entenderse bien o mal con ellos. Pronto mostraron los indios el disgusto con que miraban la llegada de aquellos huéspedes. El 13 de Noviembre de 1697 aparecieron por cuatro partes grupos de varias parcialidades y empezaron súbitamente a disparar piedras y flechas hacia la empalizada. El P. Salvatierra salió de ella y empezó a darles voces, invitándoles suavemente a que se acercaran y significando-